

En la peregrinación de Ricardo Rendón hacia el tercer reino

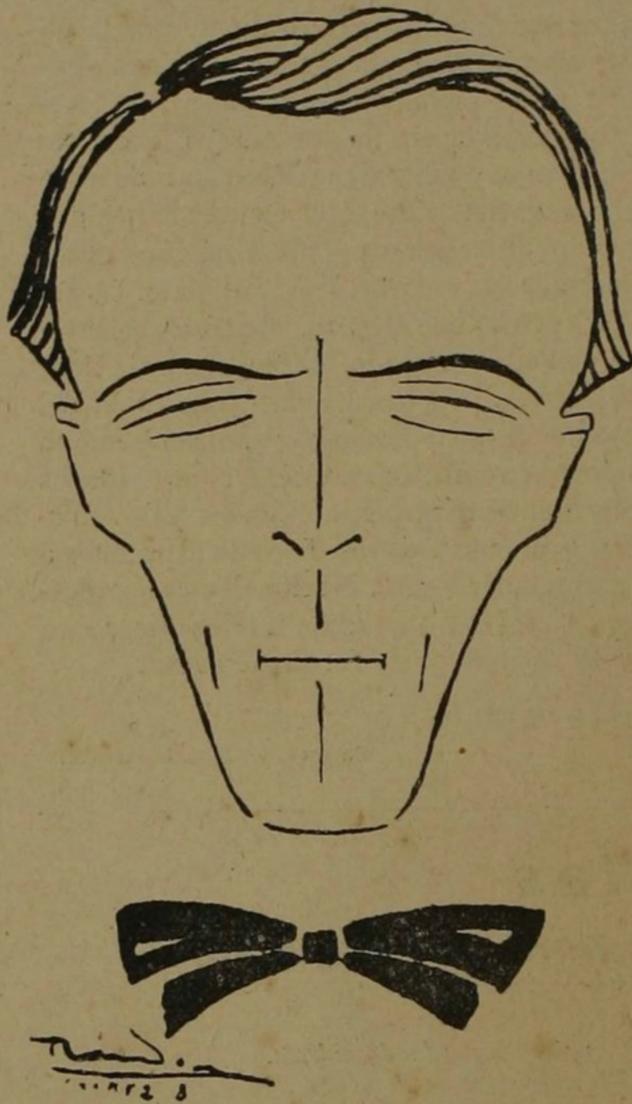
Discurso pronunciado por Alberto Lleras Camargo en nombre de El Tiempo, de Bogotá,

Compañeros:

ante el cadáver del artista

= De El Tiempo, 30, Octubre, 1931. Bogotá. =

También en el vientre de la gran aldea alienta una vida turbia, que se inicia en la noche, tartamudea hasta el amanecer, ronda las calles llenas de una niebla falsa de marina, donde cabecean los mástiles iluminados y apenas son guarida y refugio los cuadriláteros de luz de los fondines donde la miseria toma entrevesados parecidos con el misterio hampón de villas arduas y grandes. Cuando comienza la noche, suelen aparecer en los recovecos de la ciudad, tal como si se aflojaran las piedras añejas para darles paso, personajes sin garbo, que no tienen consistencia de carne, como los que se mueven bajo el sol con ansia y dirección. En vano procuraréis que os parezcan humildes, reales y exactos. Hay bruma en sus andares, bruma en sus palabras, bruma en la ceniza de sus tabacos, y que forma alrededor de ellos un equívoco clima de conspiración, asechanza, crimen, vergüenza, pillería o procaz intención. Durante la noche acuñan palabras falsas, sin sentido, en serie desorbitada y roen los talones de la ciudad con un ruidillo permanente de imprecaciones ardorosas y desligados motivos. Cuando creéis haberles oído un verso puro, sobre él cae el tajo desvergonzado de una injuria. Nunca podéis seguir el hilo de su discurso, que se pierde, se hunde, se enreda en el laberinto subconsciente, en la caverna de Bacon, y que de pronto reaparece para unir invisiblemente todo lo anterior con lo que ya no se dirá. Si queréis colocaros como detectives sobre esos poblados abismos de los cafés de media noche, jamás adivinaréis qué son estos hombres, porque no conocéis otros que los que están en vuestro catálogo. escalafón, medida, profesión y ruta, bajo la luz diurna, precisa y demoledora. Estos hombres no son nada. Alguno hace versos, casi siempre sin saberlo. Otro da vueltas al mundo en su mano y os sorprendéis de ver cómo lo arregla y desbarata, para vuestro pasmo; aquél dibuja toda la noche una cabeza que en veces recuerda una mujer y en veces se llena de barbas hirsutas, como le sobreviene una calvicie inopinada o se transforma de faz cardenalicia en abotagado rostro cesáreo; esotro levanta toda la noche un mito de novia que tiene de tiempo en tiempo un nombre diáfano, y en otro grotesco, pero que al llegar el alba se torna cenicienta por el varazo de un adjetivo soez; a queste lucha contra un ángel, en las nieblas de una marcha de sí mismo, y os quisiera comunicar sus desolaciones, ánimos caídas y andares, pero da traspiés contra su cuerpo, y la lengua ro-



Ricardo Rendón

(Visto por él mismo.)

R E N D O N

...Subyúgame, en un lado, la genialidad del pintor que logró sintetizar la amargura de la comicidad humana en los breves trazos de su línea ondulante y diabólica; que se hizo admirar de propios y extraños con fervor tan motivado, que el elogio a su arte se queda siempre corto; que al extraer el sentido vital de sus cuadros sencillos, apasionados e intensos, nos enseñó con rayas el arte de decir callando y de sugerir, en breves rasgos, dilatados procesos de análisis perfecto. Hay caricaturas suyas que reemplazan, con éxito brillante, editoriales, controversias y campañas.

Como aquellas lianas que guarda la maraña amazónica, que acendran sumos ponzoñosos engendradores de delirio en toda la extensión de su flexible tallo, así la línea de Rendón sudaba hilos de amargura por cada ondulación de su vagancia juguetona. Aquel terrible lápiz fue creador, como la varita de algún mago prodigioso.

(El Tiempo. Bogotá.)

Guillermo Valencia

La naturaleza le concedió con mano larga el don maravilloso de deformar la figura humana para hacerla más elocuente y más sincera, simplificándola. Suprimiendo elementos inútiles de una fisonomía cualquiera desnudaba el alma que se esconde siempre maliciosamente detrás de cada rostro. Su lápiz temerario y perspicaz, como debía ser la justicia, sometía la cara del hombre a un procedimiento de triangulación mediante el cual era fácil

(Pasa a la página 382)

toza irónicamente, para que todo se ahogue en el murmullo universal de la noche trémula. Al alba, los mástiles de las calles se van torneando en la luz. Las campanas voltean llamando a tropa a las gentes vulgares. Se abren puertas y se escurren viejas deformes, pegándose a las casas en un afán de sostenerlas para que no se derriben con las cornetas de los ebrios que las rondan, imprecándolas. El café que se cierra tumultuosamente, se reemplaza con el figón que echa su vaho de recién nacido. Los obreros pasan dormitando. Un mundo extravagante comienza a desperezarse. Los últimos vagos de la noche naufragan en la luz y tiritan antes de ahogarse, buscando un contacto con lo nuevo, una fugitiva conexión en los ojos de una mujer diurna, que se les antoja todavía como el resto de una mujer de media noche. Cuando las campanas dejan de sonar, el naufragio se ha consumado. La hostia de Dios sube al cielo purificando los pecados que se cometen en el círculo del día, y apenas habrá quién se acuerde de todos aquellos que no se pudieron cometer, entre esa obscura balumba de deseos, angustias, frases que se robó el ruido, intenciones que se enredaron en un trago de aguardiente, crímenes que no pasaron nunca del arquetipo, en todo ese mundo frustrado, siempre en proyección, siempre quebrado cuando iba a comenzar.

Quienes durante las horas de luz se atropellan, insultan y persiguen en lo que dijo Gracián: "Milicia es la vida contra la malicia del hombre"; quienes se engañan y destrozan o aran en silencio los surcos de los libros; quienes buscan penosamente la vinculación del egoísmo del hombre con el interés de la humanidad; quienes se fatigan en los discursos por orientar a las muchedumbres; quienes repiten en caricaturas diminutas las iras de Aquiles, las astucias de Ulises, las inspiraciones mosaicas, las disciplinas cesáreas, las audacias napoleónicas, las cóleras de Clemenceau, las majestades siniestras de Felipe II o las desvergüenzas de Benvenuto; los que desfiguran la tarea magna de la preñez y parto de la república; quienes quisieran hacer un mundo tan grande como el desaparecido, pero ligado en su grandeza a todas sus miserias y necesidades mínimas, no saben que en la turbia noche de los cafetines corre un agua que deslustra sus hazañas, las reduce a su proporción, las desnuda y desilusiona, agua que muele sus actos con indiferencia e inconsciente

(Pasa a la página 380)